



Antonio PEREIRA

Cuaderno abierto

En estos días y noches de primavera caprichosa, Cataluña ha estado en candelero por razones políticas. La política no nos interesa en este lugar, pero Cataluña, sí. Estaría bien que por encima de nuestras líneas se leyese hoy: Cuaderno catalán, si el título no fuera propiedad de Dionisio Ridruejo, que lo puso al frente de un libro de poemas de buen corte lírico y liberal publicado hacia 1965 por la «Revista de Occidente».

La verdad es que León ha tenido bastante que ver con Cataluña: a veces tendiendo un puente que pasaba por encima de Madrid o que se apartaba de la Villa y Corte por Venta de Baños y Ariza, tan llenas de resonancia ferroviarias. En otros lugares de nuestra ancha y variada e influenciada provincia, yo no lo sé. Pero en su confín occidental, en el León resguardado entre Galicia y Asturias, muchos emigrantes salieron a buscarse la vida en Barcelona, y allí encontraron trabajo y aventura sin mayor necesidad de pisar las riberas del Manzanares. El poeta Ursinos, cuando decidió probar su voz por esos mundos, no pensó en el céntrico café Gijón, sino que se subió al «Shanghai» y amaneció ojeroso en las Ramblas litorales, después de largas horas diurnas y nocturnas. Y Mestre, por el estilo: Es verdad que hace apenas un par de meses andaba por los «círculos literarios» de la capital de España, enseñando pudorosamente la visita de Safo; pero en Cataluña fue su primer encuentro con las luces del exterior, y yo creo que se le nota, aunque sean luces que ya no alcanzan a deslumbrarlo.

Pero no quisiera quedarme en el Bierzo, sino ampliar estas notas contemplando algunos signos de las relaciones culturales, y sobre todo literarias, entre los catalanes y leoneses en general. Del tiempo que puedo conocer por mí mismo y no por los libros, me queda la idea del caso Crémer especialmente notorio

en Barcelona. A mí me ha parecido advertir en aquella gente una receptividad especial para las cosas del poeta de Puertamoneda. Pienso, por ejemplo, en el acontecimiento del Premio Boscán, cuando acertaron (y tanto) a concedérselo a *Nuevos cantos de vida y esperanza*. Y pienso en la diligencia de aquel editor de poesía que fue Joaquín Horta, poniéndole el número 2 de su colección a *Furia y paloma*, el libro que recoge (señalo mis emociones personales) los poemas fundamentales que son «José, Obispo» o «Mujer redonda». Y por supuesto, en la visión resumidora de Enrique Badosa, cuando en los comienzos de *Selecciones de Poesía Española* en Plaza y Janés reunió lo cremeriano en un volumen amplio y sólido... También Nora conoció el laurel del Boscán con su *España, pasión de vida*. Y Jesús Torbado, el halagado millonario del Planeta. Gamoneda profetizó fuera de su tierra (en Badalona) como cuentista avaro de su obra, pero triunfador al primer envite. Y luego un ejemplo muy particular de leonés en Barcelona, profesor universitario, novelista, ensayista: Ramón Carnicer, con el que habría tela para rato.

Tocante a mi modesta aventura literaria, diré que nunca me he encontrado incómodo al entrar en Cataluña, sobrepasada por carretera la provincia de Huesca o desembarcando en el aeropuerto del Prat. Respetado y comprendido, sí. Algunos hijos míos han sido bautizados con la tinta de las prensas catalanas, y confirmados con sus signos editoriales. Y en un periódico que está entre los principales de Europa (o sea del mundo) y que cada mañana sale de la calle Pelayo, he visto mi firma codearse con muy ilustres compañías. Y en negritas, con lo sensible que es uno a esos alimentos...

Cuando hace bastantes años me dieron una flor natural en León -que no sé por qué ando ocultándolo en mi curriculum-, un proveedor catalán de la tienda en la que trabajo me felicitó en papel con membrete de la fábrica, y me decía: «Señor Pereira, no sabíamos que fuera usted tan competente en ese ramo». El que se me reconociera competencia en el ramo de la poesía -a mí, que he tenido que trabajar en tantos ramos- hizo de aquella carta una de las más hermosas que haya recibido jamás.